

no les dejaron en paz las bombas y granadas, cayendo los soldados sin poder vengar su muerte, que recibían de enemigo invisible. Ya no se combatía más que en dos puntos: hacia el norte, en el barrio de Cazal; al sur, en la aldea de Balan, entre Sedán y Bazailles. Entre una y dos, el general que había tenido la osadía de reclamar el mando, Wimpffen, quiso intentar un movimiento hacia Casignan, y escribió al Emperador: «Venga Vuestra Majestad á ponerse en medio de sus tropas, que tendrán el honor de abrirle paso». Napoleón III, después de haber dado vueltas por el campo de batalla, desde las seis hasta las once, se había metido en Sedán, y esperaba su suerte con resignación fatalista. No le faltaba valor pasivo; mas era incapaz de resoluciones heroicas. Sin responder á Wimpffen, hizo enarbolar la bandera blanca y, previa conferencia con los generales Douai, Duerot y Lebrun, mandó á decirle que entrase en colloquio con el enemigo. Wimpffen desobedeció, volvió á Sedán, reunió de dos mil á tres mil soldados y, poniéndose á su cabeza, rechazó á los bávaros hasta más allá de la iglesia de Balan. A Balan fué el general Lebrun á repetirle la orden del Emperador de capitular. Entonces Wimpffen propone á Lebrun unirsele para intentar abrirse paso; Lebrun accede, sin esperanza y sin miedo; pero, una vez fuera de la aldea, observaron que nadie les seguía.

A las cinco de la tarde, todo había concluído. El Emperador envió al rey de Prusia, por uno de sus ayudantes, una carta diciéndole: «No habiendo podido morir en medio de mis tropas; sólo me resta poner mi espada en manos de Vuestra Majestad».—«Lamentando las circunstancias en que nos encontramos, le contestó Guillermo, acepto la espada de Vuestra Majestad, y le ruego nombre á uno de sus oficiales, provisto de plenos poderes, para tratar de la capitulación de ese ejército, que tan bravamente se ha batido. Por mi parte, designo al general Moltke». Wimpffen se trasladó, con la muerte en el alma, al cuartel general prusiano, donde luchó en vano, durante tres horas largas, para suavizar la condición impuesta por Moltke, de que el ejército quedase prisionero con armas y bagajes. Bismarck, presente á la conferencia, pronunció estas terribles palabras: «Prusia exigirá como condiciones de paz, no solamente una indemnización de cuatro mil millones, mas también la Alsacia y la Lorena alemana...; necesitamos una buena línea estratégica avanzada».—«No nos pidan ustedes más que dinero, respondió Wimpffen, y asegurarán con nosotros una paz indefinida. Si nos quitan la Alsacia y la Lorena, tendrán sólo una tregua más ó menos larga; en Francia, del anciano al niño, todos aprenderán á manejar las armas, y millones de soldados les reclamarán un día las que ahora nos arrebatan». El dos de Septiembre, á las siete de la mañana, Wimpffen reunió en consejo de guerra á los jefes de cuerpo y á los generales de división, y todos reconocieron que, ante la impotencia material de prolongar la lucha, era forzoso aceptar las condiciones impuestas. Antes que empezase el consejo, Napoleón III salió de Sedán, en la esperanza de ver al rey de Prusia antes de firmarse la capitulación y obtener algunas concesiones; pero Guiller-

CAPITULO  
BISMARCK Y NAPOLEON III  
[ ]





LA RENDICIÓN DE NAPOLEÓN III

CAPILLA AL...  
BIBLIOTECA...



mo rehuyó de verle, y el Emperador sólo encontró á Bismarck. El imperial cautivo fué llevado á Alemania, al castillo de Wihelmshohe, cerca de Casŕel, antigua residencia de su tío Jerónimo, durante el efímero reino de Wesfalia; y mientras él se instalaba tranquilamente en regia morada, su desgraciado ejército, que aún contaba setenta mil hombres, era amontonado, bajo la vigilancia de soldados extranjeros, en la península de Iges, donde permaneció varios días á la intemperie, bajo la fría lluvia de otoño y en el lodo, sin albergue, sin mantas, casi sin víveres, hasta que fueron llegando los tristes carros que habían de llevarlo á la tierra enemiga.

El infortunio era mayor de lo que á primera vista parecía. La pérdida del ejército de Mac-Mahón había de determinar la rendición del de Bazaine, que seguía quieto en Metz, no obstante disponer de más de ciento setenta mil hombres, sin intentar el menor esfuerzo para abrirse salida. No es probable que nación alguna se hallase jamás en trance tan apurado como Francia en estos instantes, con el coloso invasor dentro de su casa y teniendo que improvisar un régimen nuevo. En efecto, á la noticia del desastre de Sedán, el cuatro de Septiembre se sublevó todo París; el Cuerpo legislativo fué invadido; la regente huyó á Inglaterra; proclamóse la república, y los diputados republicanos por el departamento del Sena se constituyeron en gobierno de la Defensa nacional, bajo la presidencia del general Trochú. Por la noche, París presentó un aspecto extraordinario. Una muchedumbre delirante recorrió cantando las calles, y un torrente de coches, llenos de juventud ebria de gozo, inundó los bulevares, de la Bastilla á la Magdalena. ¿Qué significaba tan extraño regocijo? En la proclama del *Hotel de Ville* se decía: «La república venció la invasión de mil setecientos noventa y dos; la república queda proclamada;» y el pueblo, sin pararse á considerar la inmensa diferencia de tiempo y de medios de acción, creyó que la misma causa produciría los mismos efectos; que la república, ahora como en mil setecientos noventa y dos, haría surgir del suelo catorce ejércitos y expulsaría al extranjero.

El gobierno de la Defensa nacional, del que formaban parte Julio Favre, en Estado; Gambeta, en lo Interior; Julio Simón, en Instrucción Pública, y Picart, en Hacienda, cometió varias faltas, que produjeron funestas consecuencias. Fué la una que, en vez de consolidar ante Europa, consultando inmediatamente al país, la autoridad meramente revolucionaria de que estaba revestido, aplazó hasta el diez y seis de Octubre la elección de una Asamblea nacional, no siendo, á causa de esto, reconocido por las potencias más importantes, como Inglaterra, Austria-Hungría, Rusia y la misma Alemania, las cuales, sin dejar de tratarle con cortesía, le consideraron solamente como un poder de hecho. Otra falta fué el fijar su residencia en París, sin prever que, una vez bloqueada esta capital, Francia se quedaría sin gobierno, no sirviendo para el caso la Delegación que el doce de Septiembre se estableció en Tours, por carecer de autoridad las personas que la compo-